

El poder de la oración en Uzbekistán

Por ANDREW MCCHESENEY

Una ambulancia trasladó a Nigora, de 36 años, al hospital de Tashkent (Uzbekistán). Apenas podía hablar. Tenía los brazos entumecidos. Le costaba tragar. El médico no pudo diagnosticar su estado.

Nigora empeoró durante el mes siguiente en el hospital. No podía dormir más de 15 minutos al día. Las radiografías mostraron actividad cerebral.

Entonces, un segundo médico dijo que Nigora tenía una enfermedad terminal. No veía esperanza. Nigora no creía en Jesús, pero tenía vecinos adventistas que sí lo hacían. La visitaron en cuidados intensivos y le pidieron permiso para invitar al pastor de su iglesia a orar con ella. "No, no", dijo Nigora.

"No estoy bien. Tengo muy mal aspecto. Dile que venga cuando me sienta mejor".

Pero los vecinos insistieron. "Que venga a orar por ti", le dijeron. A regañadientes, Nigora accedió. Un día después, el pastor y su mujer vinieron a la cama de Nigora. El pastor leyó el Salmo 23, ungió la frente de Nigora con aceite y oró: "Señor, dale salud a nuestra hermana. Cúrala para que se recupere por completo". Nigora no se sintió diferente después de la oración.

Al día siguiente, el pastor y su esposa regresaron. De nuevo leyó la Biblia, la ungió y oró. De nuevo Nigora no se sintió diferente. Pero aquella noche pudo dormir varias horas, no quince minutos.

Al tercer día, el pastor y su esposa regresaron. De nuevo leyó la Biblia, la ungió y oró. De nuevo ella no se sintió diferente. Pero esa noche durmió toda la noche. Después de eso, durmió bien todas las noches.

El pastor y su esposa siguieron visitándola. Poco a poco, Nigora empezó a hablar mejor. Sus brazos y piernas empezaron a funcionar. Las radiografías del hospital mostraron que su actividad cerebral había vuelto a la normalidad. El médico estaba asombrado.

"Es imposible que se haya recuperado, y tan rápidamente", dijo.

Cuatro meses después de que el pastor empezara a orar, Nigora conducía su coche y había vuelto al trabajo.

La mujer, que no creía en Dios, le atribuyó su recuperación. "Esto es un milagro de Dios", dijo.

Se alegra de tener vecinos que se preocupan por ella. "Estoy muy agradecida a Dios por haberme dado este tipo de amigos, que son como mi familia", dijo, hablando despacio pero con claridad, en una entrevista con la revista *Adventist Misión*



Aunque Nigora cree en Dios, no le ha entregado su corazón. Un factor desalentador puede ser que muchas personas en Uzbekistán ven a los adventistas del séptimo día como miembros de una secta. Por favor, oren por Nigora y por otros como ella que han sido testigos del poder de Dios en sus vidas pero que aún no se han decidido por Él. Nigora es un seudónimo.